

ATENEU BARCELONÉS

INAUGURACION DEL CURSO  
1963 - 64

LECCION INAUGURAL POR EL

Ilmo. Sr. D. IGNACIO AGUSTÍ PEYPOCH

DISCURSO DE CLAUSURA POR EL

Excmo. Sr. D. MANUEL FRAGA IRIBARNE

Ministro de Información y Turismo



Ateneo Barcelonés  
BIBLIOTECA

N.º 79221

Arm. ....

Est. ....

817.4 Agu. 8º

MINISTERIO  
DE CULTURA



ATENEU BARCELONÉS

# INAUGURACION DEL CURSO 1963 - 64

LECCION INAUGURAL POR EL

Ilmo. Sr. D. IGNACIO AGUSTÍ PEYPOCH

DISCURSO DE CLAUSURA POR EL

Excmo. Sr. D. MANUEL FRAGA IRIBARNE

Ministro de Información y Turismo



MINISTERIO  
DE CULTURA



Ilmo. Sr. D. IGNACIO AGUSTÍ PEYPOCH

**“EL ESCRITOR Y EL MUNDO ACTUAL”**



INSTITUTO ESPAÑOL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

CONSEJO REGULADOR DEL MANDO ACADÉMICO

MINISTERIO  
DE CULTURA



Excelentísimo Señor Ministro.

Excelentísimas y Reverendísimas autoridades.

Señoras y Señores:

Otra vez y no más, según el tópico, me dispongo a dirigirles la palabra en el acto de la inauguración del curso del Ateneo Barcelonés. A este acto, ya de por sí con una tradición solemne, le realza de nuevo este año la presencia del Excelentísimo Señor Ministro de Información y Turismo, don Manuel Fraga Iribarne. Yo quiero agradecer en nombre del Ateneo Barcelonés la deferencia y el honor que su presencia significa para esta Casa, en el momento inaugural del Curso. El quiere venir a unirse no sólo intelectualmente, sino personalmente, a una especie de protocolo teórico establecido por los años y del que mi persona es en este instante inmerecidamente un elemento más de la ejecutoria colectiva. La misión de pronunciar la oración inaugural es honrosa, y es delicada y pudiera ser orgullo de un hombre; pero es también, y lo es sobre todo para mí, un servicio, servicio amable pero implacable, en favor de la continuidad, cuanto para ello he sido requerido. De todos modos la cuestión es comprometida para quien, como yo, simple escritor, no está habituado al tono de las solemnidades. Ante la ilustre presencia del señor Ministro y de las dignísimas autoridades que le acompañan en la Presidencia de este acto, ante el concurso de tan nutrida representación de la vida barcelonesa, en la que veo patentes la prosapia y la diligencia intelectual, junto a figuras representativas de todos los sectores de la vida barcelonesa, debo confesar una vez más mi rubor y el hecho de sentirme intimidado. No ignoro ni olvido la calidad, autenticidad, el vuelo y la apostura intelectual y patrimonial de los ilustres nombres que a lo largo del historial del Ateneo han ocupado en esta ocasión esta tribuna. Hay memorables lecciones de perenne e irreversible valor, magistrales y definitivas alocuciones que releemos hoy como si los años no hubieran pasado para ellas, tal era la fuerza de las mentes que las alumbraron. No hay parangón posible entre aquellas lucubraciones y mi coyuntura de hoy. Pienso que un verbo inaugural no debe ser forzosamente una lección, ni una conferencia, ni un discurso, que bien puede ser una divagación sobre la cosas, una divagación sobre las dificultades del artista en el mundo actual, respecto a su arte y

respecto a su incrustación en el tumultuoso y vasto panorama que le rodea, en esta época dubitativa y realizadora; y al propio tiempo puede ser mi palabra, la manifestación de una fe imprescriptible en los valores de la inteligencia y del arte, del estudio y de la creación, en la grave crisis que nos acompaña por el mundo, desde que nacimos en un instante preciso del calendario; el vertiginoso adiós al que asistimos con dolor respecto a las generaciones precedentes y la responsabilidad con las sucesivas, que nos empujan.

Decía Goethe a su confidente Eckermann y a los ochenta años de su edad: «Yo no soy más que mi gran herencia». Con ello se refería a la panorámica que, desde su arrogante vejez, le ofrecía el cúmulo de acontecimientos que había vivido, desde la guerra de los Treinta Años hasta la caída de Napoleón. Difícilmente podría un hombre de hoy afirmar algo semejante, puesto que estamos a mitad de un larga parábola, todos los días sorprendente y continuamente renovada; los hombres maduros de nuestro tiempo han presenciado y vivido muchedumbre de acontecimientos, entre los cuales se atisba muy cercana ya la penetración y exploración del espacio exterior y del cosmos. Y en la superficie de la tierra el empuje vital y social de los grandes núcleos de población, cuyo crecimiento es incesante; al lado de ellos el beneficio inmenso que representan los logros en materia médica y los hallazgos de los laboratorios que hacen más larga cada vez la vida del hombre en la tierra. Nuestra herencia es pues en estos momentos muy difícil de precisar para el hombre actual. Lo único inexorable es que es grande, voluminosa, imprevisible. La herencia de nuestra época será sin duda asombrosa.

Mientras la época y los pueblos caminan en línea recta hacia unos objetivos que son la gran incógnita, pero también el gran privilegio de nuestro tiempo, el antiguo oficio de las bellas artes, como atrapado en el remolino de la técnica y de la sociología modernas, zarandeado por los grandes impulsos sociales, por los estrepitosos hallazgos físiconucleares, aquel antiguo y noble oficio se ve sometido a una confusión cada vez mayor. El hombre actual no es un soñador ensimismado. Y en esa generalización del hombre actual, en el maremágnum de técnicos e ingenieros, el artista, que es la antítesis del genio investigador, también parece que pretenda someter su arte al proceso de los laboratorios. Pero la literatura no puede seguir indefinidamente el mismo proceso experimental que las otras zonas de la actividad señera de los hombres.

El escritor de hoy con una pluma en la mano, o ante su máquina de escribir, se siente coaccionado por el mundo tecnócrata y comunitario de las grandes realizaciones humanas en los otros órdenes de la actividad social. Al mismo tiempo, se siente en la obligación nobilísima, pero difícil, de dar cuenta en sus creaciones de lo que está ocurriendo en las afueras de su espíritu. En la poesía y en la novela, quisiera traducir el fragoroso espectáculo de la humanidad que progresa, que inves-

tiga, que se amotina, que batalla; quisiera traducir en su obra, como quizás sea su deber, la transformación velocísima del mundo. Quisiera ser un autor social, de la misma manera que son entes sociales, todos cuantos contribuyen al desarrollo de las fuerzas y a la eclosión de las riquezas científicas de nuestro tiempo. Se dice a sí mismo que, puesto que son de nuevo cuño los procedimientos por los que se construye, y se trabaja, por los cuales se traslada el hombre de un sitio a otro; puesto que es nuevo un concepto del mundo gracias a la técnica, también el arte debe ser de nuevo cuño. El edificio Rockefeller ha superado al Parthenon y el aluminio puede sustituir los frescos de la Sixtina. ¿Por qué no reinventar el arte de escribir, desde su sintaxis hasta su más profundo sentido social, hasta la transformación del mismo en un instrumento perfectamente encuadrado en su época?

Las ansias de acomodar el arte a su tiempo no son sólo legítimas, son ineludibles para cualquier escritor. Sería insensato acomodar los cánones de la novela a los mandatos de un sociedad que apenas ya existe y perpetuar en la actualidad los arquetipos de la gran novela del siglo XIX en lo que ésta tenía de pintura aparente de una sociedad burguesa y de unos problemas que en algunos aspectos han sido superados hoy por la movilización de otros núcleos de vida social. La irrupción de esas fuerzas sociales ya desplazó paulatinamente al novelista de aquellos cánones clásicos e inmutables en los años anteriores. El desbordamiento incalculable de las ciudades industriales ha reducido la dimensión del hombre, que era siempre el elemento sustancial de la gran novela. Es como si en el París de Balzac, en el Londres de Dickens, en el San Petersburgo de Dostoievski, el novelista pudiera dominar todavía a la muchedumbre que se expresaba multitudinaria y vitalmente en docenas y centenares de tipos humanos, en perenne contraste y en ardor temperamental. La narración era entonces como la vida misma y reconocimos en ella la perfecta disposición del hombre en la colectividad. Pero ante el auge de las tumultuosas y masivas fuerzas de la sociedad actual, todos esos elementos empezaron a escapársele al novelista. En la poesía ocurre algo semejante. La poesía estaba ya inventada. Desde Ovidio a Leopardi, desde Virgilio a Machado, la poesía era el esplendor del ánimo ante la vida y ante la muerte. No era necesario que la gracia del poema contuviera otro mensaje especial más que el de la capacidad de su comunicación con el espíritu que la recibía. En el mundo social y sociológico de esta hora se pretende de la poesía un parentesco con toda la gama de elementos beligerantes de nuestra civilización científica.

En la novela, la incapacidad de meter dentro del marco los elementos sustanciales del cuadro, cada vez más numerosos y más diversos, empezó a manifestarse en la encrucijada de la primera guerra mundial: el novelista empezó a interiorizarse, a desplazarse de ese mundo exterior hacia sí mismo, sin renunciar, sin embargo, todavía, a su entronque con la vida de su contorno. Tal vez el último de los grandes novelistas

haya sido Marcel Proust, en quien la intimidad y la perspectiva se hermanaban en una luminosa forma de descripción. La desviación se produjo como una especie de desarraigo del hombre o quizás de indecisión del novelista ante un doble camino ajeno a la novela; por un lado la filosofía y por otro el periodismo desmenuzaron los bloques de los que estaba hecho el piso del camino real de la gran novela. Los brotes enfermos de soledad del novelista, que venían a amenazar la palpación vital de los grandes narradores al estilo de Tolstoi o de Galdós habían tenido antecedentes en Rilke y en Joyce, en Huxley y en Santayana, todos ellos poetas o intelectuales, pero no narradores al estilo clásico. En la vertiente contraria, la desviación de la gran novela vino de los escritores cuya procedencia y origen había sido el periodismo, principalmente la pléyade de los grandes narradores americanos que habían pisado el suelo europeo en los campos de batalla de la primera guerra mundial: Steinbeck, Dos Passos, Hemingway, Faulkner. Unos y otros sustituyen a la gran novela del siglo XIX por caminos distintos y con sucedáneos dispares. Pero aún se enfrascan con genio en encuadrar al hombre en su marco social con absoluta lealtad. A ellos aún no se les escapa el «hombre», aún siguen, sin fines ulteriores, la estética de Stendhal: reflejar la vida misma. Albert Camus confesará generosamente: «Yo no soy novelista. «La Peste» es una crónica. El extranjero es un relato. Yo aspiro vagamente a escribir un día una novela». Faulkner, contestó a los periodistas, cuando le comunicaron que le había sido otorgado el Premio Nobel: «Yo soy agricultor». En ocasión semejante Ernst Hemingway manifestó la dificultad que le ocasionaba el arte de narrar. «Cada vez que me atasco o que me desespero releo a Tolstoi».

¿De qué medios se valdrá o por qué procedimientos llegará el artista de nuestro tiempo a realizar su ambición de encuadrar todos los fenómenos que acontecen, para que lo que escribe sea trasunto transparente y leal de su época? De momento, a esa enorme intención, a esa noble intención, no se le ve un camino llevadero. En lugar de traducir lo que está ocurriendo, en la fertilidad sustancial del mundo presente, lo que se consigue es despoblar a la poesía de los elementos que en ella ya existían y como consecuencia de ello amanece una poesía sin árboles y sin frutos, completamente aséptica y deslustrada. En lugar de la socialización comunitaria, el intimismo y el pesimismo más individuales; un páramo verbal sin hombres y sin cauces de río, sin sombras y sin luz. Hablamos naturalmente de las líneas generales y de la estética global de la actual creación literaria. La generalización de las corrientes nos hace advertir el peligroso contraste, los riesgos de la aventura. Desde Homero hasta hoy, a través de los versos de un poeta se podía adivinar el aliento personal, el impulso espiritual del hombre y el panorama fértil del país a que se debía. Pero en los estados de espíritu, falsamente abnegados, de las corrientes poéticas de hoy, no se descubre

al hombre ni al mundo circundante, sino solamente una inmensa desolación en soliloquio abstruso y airado. Y entonces, a la sofocante melopea y a la aridez de los páramos, resultados de un noble pero frustrado objetivo, oponemos, como seres sedientos, los versos de la antigüedad, los versos oficialmente periclitados que tenían una rima y un árbol, aunque sea uno sólo y difícil como aquel árbol de Carner:

*¡Ob dolç abocat  
del cel a la riba  
arbre encastellat  
a la roca viva!...*

Los resultados en cuanto a la novela, son de parecida mansedumbre. Cuanto más intenta el arte actual de la narración entroncarse con la época, cada vez resulta ésta más difusa e incomprensible a través de los relatos. Hoy se llama novela objetiva a la más subjetiva e interiorizada forma de escribir. Se la llama objetiva por sus propios autores no porque sea una expresión imparcial y ponderada de la vida humana en las sociedades, con lo cual se conseguiría el fin de reflejar nuestra época, sino porque en ella los objetos inertes participan de la narración con carácter protagonista. Se la llama objetiva porque en ella, salvo el propio novelista, se diluye y desvanece el elemento humano. Y la almoneda de objetos que sirven para que en ellos retope el estado de ánimo y las circunstancias psíquicas del escritor difícilmente puede traducir el acopio enorme de fuerzas y de energías de que, precisamente, está formada la época actual, y que requerirían el lenguaje esperanzado, el vigor narrativo, el vitalismo y el caudal de los antiguos maestros.

Quizás los escritores de hoy vivan, vivamos todos, excesivamente preocupados por la presión de los acontecimientos externos y por las nuevas dimensiones del mundo actual. Este cambio profundo, esta intensa evolución han afectado y están afectando a los elementos todos de la sociedad. La evolución veloz modifica la faz y la apariencia de las ciudades, acerca unos hombres a otros y funda nuevos campos de exploración en los que el espíritu vigilante se siente tentado de actuar. Hay máquinas electrónicas que aceleran la velocidad de la escritura y una misma imagen puede ser contemplada por millones de hombres a distancias enormes. Pero el cambio y la mudanza no alteran los elementos fundamentales de la creación literaria.

La preocupación de oportunidad y la preocupación del escritor, en el día de hoy no pueden intervenir en la inexorabilidad de este proceso ni en el ritmo que trae consigo. El escritor se encuentra inerme ante la pujanza técnica y social, sólo otra vez ante las cuartillas. Quisiera que el poder de su pluma fuera semejante al poder del trazo de los grandes arquitectos, en cuya obra se patentiza hoy visiblemente la congruencia de la época y de su nuevo estilo. Pero los elementos con que

actúa el escritor son mucho más frágiles, aunque también más hondos y trascendentales que el hierro y el cemento. Los elementos con que actúa el escritor son los elementos del corazón humano, los resortes escondidos del espíritu, las pasiones, las dobleces, los matices todos del ser que somos individualmente; y también de la colectividad, que está formada por la suma de cada uno de nosotros.

He aquí la razón por la que no puede ser tan fácil, ni es realmente tan urgente, modificar la fachada y la apariencia del arte de novelar, por ejemplo, cuando lo que constituye su esencia, que es el ser humano, eleve o descienda su nivel de vida, se agrupe en colectividades o en muchedumbres, el ser humano no deja de ser el mismo que en sustancia era, antes de la aparición del maquinismo y de la técnica. Los resortes invariables y profundos de ese ser, viven y alientan al margen del progreso o de la regresión, adictos a la gama eterna de sus pasiones y de las reacciones inmutables del espíritu. Es el desdén y el olvido de esos factores inmutables los que crean la falsa sensación de superioridad de nuestro tiempo sobre los demás. «No pinto a esa manzana sino que la amo», decía Paul Cézanne mientras creaba uno de sus cuadros. En realidad, la técnica, la escuela, la fórmula con que hiciera importaba menos para la obra de arte que la capacidad de entrega casi sensorial y exultante, amatoria, impetuosa, hacia el motivo que pintaba.

¿Y amamos nosotros realmente a la sociedad que tratamos de servir, la amamos en cada uno de sus miembros y parcelas, la amamos globalmente? En los grandes creadores ese amor era suficiente y manifiesto. Cada uno de los personajes de Galdós o de Dickens, aún los más distantes del primer plano de la narración eran una comprensión penetrante, amatoria, entregada de su autor. Para los buenos como para los malos. Era una afición a ellos, una intromisión en ellos. Hoy se intenta con demasía singularizar a la sociedad a base muchas veces de unos tipos extemporáneos a ella, de unos personajes que no le son consubstanciales, que no están arrancados del montón, de ese montón anónimo de seres que constituyen la armadura y el andamiaje del mundo en que vivimos. Muchos de los casos excluyentes de la novela de hoy se refieren a excentricidades poco frecuentes, donde lo novelesco se confunde con lo patológico y excepcional. Siendo así es evidente que la pintura no puede favorecer al modelo, que la pretendida pintura objetiva es una deserción de lo que se trata de exponer y manifestar. Justamente si consideramos que la dimensión, la encarnadura de nuestra época es vibrante y plena de vitalidad y de energía, como así es, debiéramos de escoger para representarla a los seres que cotidianamente la vivifican con su energía y con su impulso, jamás las excepciones decadentistas que no encuadran en el marco del tiempo que se dispone a descubrir los espacios y que levanta los rascacielos. La prueba de este error es que, cuando nos encontramos con una novela fraguada sobre los elementos humanos, de los que trasciende el calor vivificante de la huma-

nidad, volvemos a encontrar plenamente el signo de los tiempos, de ese tiempo más dilatado, más vasto, menos esquemático que los anteriores, pero inmutable en su cordialidad y en su capacidad humana. Ciertamente eso no tiene nada que ver con la novela social, porque toda novela es social y toda novela es histórica; y los personajes de las novelas, que son la expresión misma de la vida no se distinguen por la forma de calzar, por el barrio en que habiten, por el hecho que sean del arrabal o del centro. Se distinguen por su interés, por su dimensión humana, por su capacidad de significar y simbolizar en cada uno de ellos a toda la humanidad.

También en la poesía, cuando volvemos a escuchar la melodía secreta de la palabra en su verdad definitoria, en su belleza misteriosa e imponderable, reflejo de la belleza del mundo íntimo y del mundo exterior, enlazada del corazón del hombre al tono del paisaje, sentimos, al margen de toda consideración ajena a ella, la función suprema del arte. Ante determinados versos sentimos como la nostalgia o el deseo de reconstruir la cúpula diminuta pero hermosa del soneto. Y al margen de su selección formal advertimos en seguida ese trasunto inexplicable de la autenticidad del espíritu humano explicado en una efusión. La voz del poeta es una voz solitaria y agreste, pero no es un soliloquio, no es nunca una voz mutilada por la circunstancia exterior, no es un laberinto ni una cábala de su tiempo. Al contrario, ella es la transparencia y la breve definición del mundo.

Yo no sé si en un término breve podremos contemplar el hecho tonificante de la adecuación del arte literario a los merecimientos de su tiempo, que en todos los órdenes son de esperanza y de energía. Quizás para ello sea necesario que los grandes escritores que sin duda alumbró y alumbrará esta época prescindan de una especie de complejo de evolución, de la agresión magnífica que el escritor recibe de los elementos prácticos y físicos de un mundo en crecimiento. Las grandes corrientes humanizadoras siguen puntualmente en pie, a través de determinadas apariciones gigantescas, sorprendentes y alentadoras. En el arte narrativo descubrimos hace unos años con admiración el raudal de humanidad y el portento de vida que significaba la existencia de un escritor, de un novelista puro como Niko Kazantzakis. ¿Se puede hablar de novela histórica? ¿Se puede hablar de novela social? Ante este caso no se puede hablar más que de novela, sin filiaciones y sin atributos. Y en los mismos años, alumbraba del secreto intelectual de la Rusia de hoy día una voz creadora que nos esperanzaba con la vuelta al humanismo, a ese humanismo que es la raíz de Europa y del hombre occidental; ello significa el paso tardío y centelleante de Boris Pasternak por la actualidad literaria, cuando el doctor Zivago decía con palabras que resonaban en la inmensa soledad del hombre: «El orden de los actos está fijado —e ineluctable es el término del viaje—. Sólo

estoy, todo se hunde en el fariseísmo. — Vivir una vida no es como atravesar un campo».

Señores, apenas es posible añadir algo a mi divagación. Cuando intentaba que otros, con más merecimientos o de manera más sugestiva cumplieran la misión que ahora realizo —y que realizo con gusto y con honor— mis buenos amigos arguyeron algo a lo irremediablemente me debía doblegar. «Es tradición», dijeron. Tradición que el presidente se dirija en esta ocasión al Ateneo entero. Tradición. Para mí esa palabra se convirtió —se había convertido ya mucho tiempo atrás— en insoslayable exigencia. La tradición en este caso no es un ornato anacrónico, sino la vigencia misteriosa de lo ya acontecido en lo que está ocurriendo y ocurrirá. En nuestra mocedad era posible instalarse cómodamente en la tradición como en un vehículo a cuyos bordes llegaríamos al término de un enigmático pero seguro, periplo vital. Ahora, pasada la mitad del camino, advertimos entre la niebla la insuficiencia de este término, por lo menos tal como lo habíamos comprendido en nuestra juventud.

Yo quisiera no haberme salido del ámbito en que estoy y en nombre del cual os dirijo la palabra. Todo este Ateneo es tradición. Los nobles rostros de las figuras aquí representadas, en estas paredes, la distribución de los salones y departamentos de esta casa y, sobre todo, los ciento cincuenta mil volúmenes que están en los anaqueles de su biblioteca todo ello significa y representa la tradición de la inteligencia humana en el ámbito local, que desde el siglo XIX no ha dejado de permanecer abierto a las exigencias y a las curiosidades del espíritu. Los libros que hay aquí son la síntesis tipográfica e intelectual de esta tradición, hecha con el concepto del saber humano. Pero existe el riesgo y lo advertimos en los días presentes con desasosiego, de que esa tradición estática de los objetos —aunque, como los libros, sea trasunto del dinamismo intelectual— que esa tradición estática de los muros, de los retratos, sea simplemente una tradición de museo, conservadora e inmóvil. Y ello por una simple razón: porque aquel humanismo que añoramos en los libros y en las creaciones del espíritu es también el que debe animar las instituciones. Porque la tradición no es solamente la continuidad de las cosas; sino, sobre todo y por encima de ello, la tradición es la continuidad de los hombres. Y en el mismo fondo del espíritu humano está la raíz de que todo lo exterior se mantenga en pie.

Si debemos escoger a los hombres como arcas de esta tradición, ¡qué sensación creciente de ruptura y momentáneo vacío sentimos en nuestro derredor, nosotros entusiastas poseedores de un mundo en el que antaño resonaban por doquier las voces amigas, como un eco, muchas veces paternal de nuestro propio e indeciso ser adolescente! Hace sólo unos pocos días se escapaba de este murmurio, otrora numeroso, la voz de un poeta y un jurista, uno de esos ateneístas de pro que había barajado en las mesas de esta casa y en los veladores durante cincuenta años las

musas y el derecho, la tertulia y la meditación. Poeta, sobre todo poeta pertenecía a aquella generación que creía en las musas, y creía en las musas porque las musas existen desde Ovidio, como existe el Parthenon y como existe, con más modestia, esta casa. No es esa una sesión necrológica, sino un acto inaugural. Pero la desaparición de don Vicente Solé de Sojo, socio número uno de esta casa, y su evocación aquí incide como un estímulo en la consideración de esa latente ruptura. En el óbito de una figura se aglomeran y sonorizan los ecos de todas las demás, y nos damos cuenta de que en la brevedad de un lustro, tal vez un poco más, nos han huido Manuel Brunet, Juan Bautista Solervicens, José M.<sup>a</sup> de Sagarra... Aun en edad de vivir. Otras muchas figuras desaparecen de la biblioteca, de las tertulias, del jardín de esta casa. Puestos a figurarnos de nuevo al Ateneo en el que nosotros entramos hace años, vemos a Alfonso Maseras inclinado en su pupitre, a Just Cabot devorando sus libros. Es viva para nosotros la efigie turbulenta pero nobilísima, el pelo plateado y los ojos fulgurantes de Manuel Brunet cuya obra está dispersa en millares de hojas fugitivas, a ras del día, polemista y audaz, intangible en sus principios de la Cataluña Vieja y del viejo solar de Vich, despeinado por la tramontana de Figueras y del Ampurdán. Se nos torna vivísima la extraordinaria postura humana de Juan Bautista Solervicens, de quien tanto ya se dijo aquí mismo en el curso pasado durante la sesión que fue convocada en su memoria. Y se oye el murmullo de otro poeta con musa, tal vez del último gran poeta con musa que hayamos tenido en nuestro solar. José M.<sup>a</sup> de Sagarra, espumeante catarata y raudal vivo de la palabra catalana tal como la sentía Maragall, maestro de la torrentera poética con millares de versos que pueden resonar imperecederamente y constituir ese monumento de los genios que los avatares no pueden discutir ni borrar, ese monumento que es su propia obra. Y Juan Estelrich humanista y epicúreo, lanzado a Europa y a los aires de la universalidad sin perder un ápice de su capacidad nostral y dilecta. Ese Juan Estelrich, que cuando unos cuantos mozos no teníamos más de veinte años nos llevaba a cenar con el conde de Keyserling, gigantesco ogro de paradojas y de agudezas deslumbrantes o nos hacía conocer de cerca la voz cálida y breve y los ojos absortos y dramáticos de Paul Valery cuando ya nos sentíamos subyugados por la intimista poesía. Y escuchamos la voz de Farrán y Mayoral, conductor de jóvenes, y de Manuel de Montoliu, y de tantos otros...

No es un espíritu nostálgico y pesimista el que nos hace evocar ahora estos nombres. No es una enumeración circunstancial ni una orla funeraria. Pero es el contorno el que sustancialmente ha sido modificado. La evolución ¿hacia dónde? —está siendo tan rápida y vertiginosa que apenas podemos seguir la línea magistral de las individualidades. El fenómeno no es nuestro, es universal. Cada vez más los cauces de la creación inteligente se deshumanizan, bajo falso cosmopolitismo, y al propio tiempo se degradan imperceptiblemente. La creación literaria

era un símbolo original y personal, con raíz y con savias en el que se advertía la íntima individualidad del hombre, su creador era una síntesis del contorno del hombre: en una palabra, del paisaje y de la figura apretadamente trabadas, como Jacob y el ángel, en pugna o maridaje glorioso. Son los más jóvenes los que, sobre todo, llegarán a tiempo de dirimir esta tentadora batalla de devolver al hombre a la tinta y al calor de la pluma. Son ellos, sobre todo, quienes están destinados a re-humanizar el arte. Después de ellos podrán —podremos todos— decir, como Goethe: «No somos más —ni menos— que nuestra gran herencia».

He dicho.

MINISTERIO  
DE CULTURA



**DISCURSO PRONUNCIADO POR EL**

**Excmo. Sr. MANUEL FRAGA IRIBARNE**



INSTITUTO NACIONAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

MINISTERIO  
DE CULTURA



Excmos. e Ilmos., señores, Sr. Presidente, señoras y señores:

Pensaba yo, hace todavía pocos minutos, limitarme a pronunciar las rituales palabras declarando inaugurado el nuevo curso en el Ateneo de Barcelona y ello, porque los Ministros hablamos demasiado y hoy mismo estoy ofreciendo muchos discursos —espero que no demasiados discursos— a varios grupos de amables barceloneses que me escuchan; y, segundo, porque pienso yo que un ministro, en un Ateneo, muestra su mayor respeto, precisamente dejando en él solamente la palabra a los ateneístas. Y me he dado cuenta oyendo hablar al señor Ignacio Agustí —que también me tentaba no hablar, porque es un grave compromiso hacerlo después de él—, que, sin embargo, yo tenía más amigos de los que creía en el Ateneo de Barcelona. Yo estudié la literatura de las Españas en el libro de Manuel de Montoliu y pienso que habrá quienes hayan sido más antiguos amigos que yo de Juan Estelrich, pero pocos en los últimos años han tenido tan estrecha amistad con él como yo tuve; y considero uno de los privilegios más especiales de mi vida haber podido recorrer con un hombre extraordinario y universal como él, ciudades como Venecia o Nueva Delhi durante meses enteros, trabajando juntos en las tareas de la U.N.E.S.C.O. en las cuales llegamos a ser el dúo inseparable por el cual hablaba la voz de España. Por otra parte hubiera sido descortesía no agradecer las amables alusiones que han hecho al departamento que me honro en regir y en nombre del cual puedo asegurar que hemos de seguir dando cuanta asistencia podamos al Ateneo de Barcelona y a todos los Ateneos para poder mejor cumplir su función. En esta idea precisamente hemos convocado este año y ha sido un gran éxito, una reunión en Santander, de todos los Ateneos de España para que estas instituciones pudieran examinar sus respectivas experiencias, sus problemas y sobre todo las situaciones generales que les plantea a todos el cambio inexorable de nuestro tiempo en que todo se queda rápidamente atrás para ver cómo pueden hoy mejor cumplir sus funciones. Yo felicito muy especialmente al Presidente del Ateneo de Barcelona por esa magnífica labor realizada en el curso pasado, que me cupo también la honra de inaugurar y que está reflejada en la brillante memoria que hemos escuchado. Y quisiera decir a ustedes, como entonces lo dije, que creo profundamente en la

labor actual de los Ateneos. Esta misma mañana pude inaugurar una nueva y potente emisora de televisión, porque no es una simple reforma aquella que eleva en seis veces más la potencia y duplica la extensión cubierta por este nuevo faro televisivo de Barcelona, con nuevos equipos también en sus estudios, que lo convierten en una de las mejores emisoras de Europa. Dentro de poco he de volver a inaugurar una potente emisora de onda media, y puedo asegurarles que para mí, que soy de oficio profesor, y soy, por vocación, intelectual discursivo, es una tremenda responsabilidad el pensar que en esa época que con razón llamaba Agustí, dubitativa y realizadora, hacemos crecer —mucho más velozmente— los medios de transmitir ideas, imágenes, sentimientos, tendencias, pasiones, que somos capaces de crear esas ideas y esas realizaciones que convienen a las necesidades del tiempo. Yo pienso en lo que pueden ser en algunas manos esas emisoras y esos medios de radioemisión y pienso que en un país de tradición cristiana y occidental como es España, tendrán que ser creadas a base de tradición y a base de libertad creadora a la que han de acudir poderosamente centros como este, glorioso, en que nos encontramos, Ateneo de Barcelona. Porque sea así yo hago votos y esa felicitación la convierto en promesa segura de éxito en los años próximos. Muchas gracias, señores.

He dicho.

(Aplausos.)



MINISTERIO  
DE CULTURA



215  
V

MINISTERIO  
DE CULTURA

